

"SI NO QUIEREN
SABER LA VERDAD,
QUE NO ME
BUSQUEN"



Santa Teresita

de Berazategui

Número 498

TERCER MILENIO

Editado

por: FUNDACIÓN MISERICORDIA DIVINA Asociación de Laicos Católicos
Casilla de Correo n° 7 - B1880WAA - Berazategui - Argentina

EL JARRITO DE LA VIRGEN

En el Santuario de Nuestra Señora del Valle de Catamarca se conserva un jarro de plata, testimonio de otro prodigio de la Madre de Dios en favor de los humildes.

Entre los límites de Córdoba y La Rioja, vivía un campesino que cayó enfermo de gravedad. Consciente de ello, se encomendó a la Virgen del Valle, prometiéndole ir a su Santuario. Terminada la plegaria y hecha la promesa, comenzó a sentirse más y más aliviado, de forma que pronto estaba sano. Mientras tanto, había desaparecido de la iglesia de la Virgen del Valle un antiguo jarro de plata. Pensando en un robo sacrilego, comenzó una minuciosa búsqueda del mismo. Hechas pesquisas y averiguaciones, el jarro seguía desaparecido. En eso llegó al templo el campesino para cumplir con su promesa. Se presentó al Cura Párroco y le entregó el famoso jarro de plata que tanto estaban buscando sin conseguir dar con él. Admirado, el sacerdote le preguntó cómo lo había hallado. El campesino contó que había salido de su casa en viaje para Catamarca para agradecer a



María Santísima su salud recuperada milagrosamente y que al atravesar las salinas hubieran podido morir de sed él y su cabalgadura por el intenso calor y la falta de agua y sombra.

Ante este nuevo peligro, volvió a encomendarse a la Virgen y vio, de repente, en medio del salar, el hermoso jarro que tantas veces había contemplado en la Iglesia de Nuestra

Señora. Estaba lleno de agua, de la que bebieron él y su mula sin que se agotara el contenido del recipiente hasta calmar por completo la sed de ambos.

Reanimado, lo guardó en sus alforjas y continuó el viaje. Al llegar, dio gracias a la Virgen y le devolvió lo que Ella le había prestado.

En esa forma constante, la Virgen del Valle sigue dispensando sus gracias de todo género a quienes la invocan con Fe; muchas de las que alivian el cuerpo se consignan en los libros del Santuario, pero mucho más valiosas son las que curan el alma llevándola por el camino de la conversión.



DE RODILLAS EN LA NIEVE

"Sobre el puente, se divisaba a un encapuchado que parecía esperarlo..."

Poco tiempo después de ordenarse sacerdote, Don Orione había ido a predicar a Castelnuovo Scrvia. La última noche, fiesta de la Inmaculada, el frío ocasionado por una importante nevada había hecho necesario colocar braseros en la iglesia.

En su prédica, Don Orione se refirió a la confesión: «La infinita misericordia de Dios no tiene comparación con los pecados de los hombres. No importa cuán enormes puedan parecer nuestras faltas, siempre se medirán con una escala humana». Como ejemplo dijo que si un hombre hubiera cometido el crimen de matar a la madre echándole veneno en la comida, a pesar de ello, la Misericordia de Dios siempre esperaría su arrepentimiento y la Confesión de su culpa, dándole después el perdón y la paz.

Terminada la prédica, Don Orione estuvo confesando hasta pasada la medianoche. El cura párroco lo

invitó a quedarse a dormir en la casa parroquial, tratando de disuadirlo de enfrentar una noche tan cruda, pero el religioso tenía presente su propósito de elegir siempre el mayor sacrificio: resolvió volver a Tortona, donde a primera hora del día siguiente debía celebrar una Misa. A la una de la madrugada Don Orione tomó el camino que va de Castelnuovo Scrvia a Tortona. Estaba acostumbrado a recorrer los diez kilómetros a pie. A poca distancia del pueblo había un puente iluminado por el vago resplandor de la nieve sobre el que se divisaba a un encapuchado que parecía esperarlo.

-¡Qué poco visor he sido! -pensó- Seguramente este sujeto ha calculado que debo llevar dinero, ya que es costumbre entregar a los predicadores algunas sumas para las intenciones de las misas. Nada me hubiera costado evitar el incidente, aceptando la compañía que me habían ofrecido.

Encomendándose a Dios, siguió su camino y como

era de esperarse, el bulto se le acercó y lo interpeló preguntándole si era el padre que había predicado en el pueblo vecino. Don Orión contestó afirmativamente.

-Y usted ... ¿cree en lo que ha dicho?

-Sí -contestó el sacerdote -le puedo asegurar que creo en todo lo que he dicho, ya que, de no ser así, no sería predicador de verdad.

-¿Cómo sabe lo del veneno?

Don Orión dedujo que aquel ejemplo que él había creído supuesto respondía a una terrible realidad. Tenía ante sí al matricida. Al mismo tiempo comprendió que el hombre también era un posible penitente y, ante la idea de ganar aquella alma atormentada, su celo apostólico se encendió.

El hombre -una persona de edad avanzada- no había podido descansar desde el crimen. Desde entonces

veía un reproche en cada persona, pensaba que todos -por malvados que fueran- al menos tendrían el amor de la madre y no podía encontrar niños ni mujeres sin recordar a su víctima. Había llegado a la decisión de terminar su triste carrera poniendo fin a sus días cuando al ver la iglesia iluminada había decidido oír «qué dicen los curas».

Dentro del lugar, el ambiente tibio y la mansa iluminación habían empezado a obrar sobre sus sentidos exasperados por el frío de la noche cuando oyó cómo el sacerdote describía con vivos colores el crimen cuyas huellas creía haber borrado por completo. Y así se decidió a expresarle su arrepentimiento y pedir el perdón de Dios. La tormenta arreciaba cuando, arrodillado en la nieve, el hombre confesó todas sus culpas y recibió la absolución que le devolvió la paz.

¿No hay nada que hacer?

Cuando todo a nuestro alrededor parece derrumbarse, aún nos queda la Esperanza en la ayuda de Dios

Leo en estos días la estupenda biografía del Padre Arrupe, que ha escrito Pedro Miguel Lamet, y en ella encuentro una página que responde perfectamente a una de mis más viejas preguntas: *¿Qué hacer cuando parece que "no hay nada que hacer" porque todo en torno a nosotros -en nuestro cuerpo o en nuestra alma- parece que se derrumba?*

Es ésta una cuestión que angustia a muchos. Porque no es infrecuente que un hombre se encuentre en esa tierra de nadie: o por una catástrofe física que nos aterra, o por uno de esos grandes dramas interiores que parecen remover la tierra bajo los pies de nuestra alma. ¿Qué hacer entonces? ¿Volverse a Dios gritando? ¿Desesperarse arañando el aire? ¿Llorar y llorar?

El Padre Arrupe se encontró en 1945 en medio de la más espantosa catástrofe que hasta entonces había conocido la Humanidad- la explosión de la primera bomba atómica sobre Hiroshima-. Aquella mañana, cuando el futuro general de los jesuitas acababa de decir su misa, una luz desgarradora redujo a cenizas su ciudad y produjo en pocos minutos más de doscientos mil muertos y heridos. Nadie entendía nada. Nadie sabía de dónde venía aquella fuerza destructora. Sólo veía que la ciudad había sido reducida a cenizas y sabía que, sin duda, junto a los muertos habría millares, decenas de millares de heridos. ¿Qué hacer? ¿A dónde acudir?

La primera reacción del Padre Arrupe fue acudir a la capilla que estaba, también ella, medio destruida. Su corazón se llenó de preguntas: *¿Por qué Dios aceptaba, toleraba esto?* Y ésta fue la respuesta que se dio, a sí mismo:

"Por todas partes muerte y destrucción. Nosotros aniquilados en la impotencia. Y El allí, conociéndolo todo, contemplándolo todo, y esperando nuestra invitación

para que, juntos, tomásemos parte en la obra de reconstruirlo todo"

El Padre acertaba: Dios ha dejado el mundo en manos de la libertad de los hombres. Él no fabrica bombas atómicas; soporta que los hombres llevemos a esa locura nuestra libertad. Y lo conoce. Y sufre por ello más que nosotros. Y está ahí, esperando a que lo invitemos a la única respuesta válida ante el dolor y la catástrofe: poner junto a Él las manos para reconstruirlo todo.

Por eso el Padre no perdió tiempo en preguntas o en inútiles lamentos, o en una esterilizante desesperación. Hizo lo único que podía hacer. ¿Pero es que se podía hacer algo frente a aquella catástrofe? ¿No sería una gota en un mar cualquier acción de cualquier pobre humano frente a aquel mundo que se hundía?

"Salí de la capilla -dice el jesuita- y la decisión fue inmediata: haríamos de la casa un hospital. Me acordé que había estudiado medicina. Años lejanos ya, sin práctica posterior, pero que en aquellos momentos me convirtieron en médico y cirujano. Fui a recoger el botiquín y lo encontré entre ruinas, destrozado, sin que hubiera en él aprovechable más que un poco de yodo, algunas aspirinas, sal de fruta y bicarbonato".

Es decir nada. Pero con esta nada se construyó el primer hospital improvisado de Hiroshima al que poco después comenzaron a llegar heridos como fantasmas ambulantes, con la piel desgarrada, hecha un amasijo, con la ropa ennegrecida, los cuerpos cubiertos de ampollas y manchas rojas y violetas, sin saber cómo ni cuándo les había ocurrido tal cosa. Y en aquel improvisado hospital, con un médico que no era médico, con medicinas que no eran medicinas, fueron aliviados muchos dolores, suavizadas

algunas muertes, curados no pocos. Se hizo... lo que se pudo. En todo caso, infinitamente más de lo que se habría hecho si el Padre Arrupe se hubiera puesto a llorar o lamentarse.

Pienso ahora en tantas bombas atómicas que estallan en tantas almas: la muerte inesperada de un ser querido que reduce a cenizas un corazón; la traición de un amigo que es peor que un veneno; la amargura de un hombre que se queda sin trabajo a los cincuenta años y ya no encontrará otro por el terrible delito de haber cruzado la cincuentena. Tantas y tantas catástrofes que parecen reducirnos a la

impotencia, pero no es verdad: el hombre nunca es del todo impotente, siempre tendrá dos manos para seguir luchando, fuerza para seguir esperando, un corazón para seguir amando. Es decir: todo menos la amargura, todo menos la desesperación, todo menos el grito estéril dirigido a los cielos... en los que hay alguien que espera que le invitemos a participar en la tarea de reconstrucción. Porque esta es la gran verdad: todo, todo, todo lo destruido puede ser reconstruido por un ser humano valiente con la ayuda de Dios.

MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

Nota 3

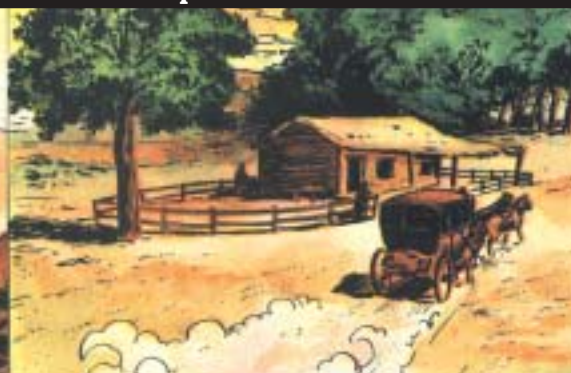
Desafiando toda Ley de la Ciencia actual, los cuerpos de numerosos Santos de la Iglesia Católica permanecen incorruptibles.

Durante la exhibición del cuerpo de San Bernardino de Siena, que duró veintiséis días después de su muerte, una cantidad de brillante sangre roja salió por su nariz durante el día veinticuatro, como observó y registró San Juan Capistran. Durante el examen médico del cuerpo de San Francisco Javier, un año y medio después de su muerte, uno de los médicos insertó su dedo en una herida del cuerpo y lo retiró con sangre, la cual, como declaró, estaba «fresca y limpia». La herida mortal sobre la frente de San Josafat sangró veintisiete años después de su muerte. Cuarenta y tres años después del fallecimiento de San Germán de Pibrac, mientras unos trabajadores preparaban la tumba para otro ocupante, una herramienta que estaban utilizando se resbaló y dañó la nariz del santo, haciéndola sangrar. Y finalmente, cuarenta años después de la muerte de San Nicolás de Tolentino, un hermano lego separó secretamente los brazos de la reliquia. Fue encontrado y seriamente reprendido cuando un copioso flujo de sangre delató el acto sacrílego, suceso que fue aceptado como milagroso por el Papa Benedicto XIV. Aunque no contribuyó en nada a la preservación de estas reliquias, la aparición de luz en los cuerpos y tumbas de algunos de estos santos señaló dónde se encontraban. La santidad de San Guthlac fue afirmada por muchos testigos que vieron la casa en que murió envuelta con una luz brillante, la cual procedía desde allí y se dirigía hacia el cielo. El perfume que procedía de la boca de San Luis Bertrand en su lecho de muerte fue acompañado por una intensa luz que iluminó su humilde celda por varios minutos. Muchos otros santos fueron favorecidos con esta iluminación, incluyendo a San Juan de la Cruz, San Antonio de Stroncone y Santa Juana de Lestonac. Tal vez la manifestación más impresionante ocurrió en la tumba de San Charbel Makhlouf: la luz que brilló fuertemente por cuarenta y cinco noches en su tumba, fue presenciada por muchos pueblerinos y finalmente terminó en la exhumación de su cuerpo, destapando así los fenómenos antes mencionados.

Incluso el más persistente y confirmado racionalis-

ta debería admitir, al ser confrontado con estas pruebas, testificadas y confesadas, que los incorruptibles no pueden ser clasificados dentro de las otras momificaciones. La mayor parte de los incorruptibles nunca fueron embalsamados ni tratados en ninguna forma. El Papa Benedicto XIV, tomando todas las precauciones que la cautelosa Iglesia mantiene en estos casos, incluyó dos largos capítulos titulados «De Cadaverum In corruptione» en su gran trabajo sobre la beatificación y canonización de los santos. Las únicas preservaciones que él deseaba considerar como extraordinarias son aquellas que mantienen una flexibilidad, color y frescura semejantes a cuando los santos estaban vivos, sin intervención deliberada. Estos estrictos requerimientos son cumplidos por una enorme cantidad de santos incorruptos. En el caso de San Andrés Bobola fue debatido por sucesivos Promotores de la Fe y de Postuladores de su Causa en 1739 y 1830, la condición del cuerpo, que aunque estaba mutilado por las heridas infligidas durante su martirio, fue finalmente aceptado en su incorruptibilidad por la Congregación de Ritos como uno de los milagros requeridos para su beatificación. Los católicos somos privilegiados, no sólo por tener estas reliquias únicas, sino, sobre todo, por sabernos incondicionalmente guiados y acompañados por un Dios que no se mantiene ajeno a nuestras vidas, sino que constantemente nos llama a su lado, deseando para nosotros el mayor de los bienes existentes que es Él mismo. La presencia o ausencia de fe determinará indudablemente la aceptación o negación de este fenómeno de incorruptibilidad. Para aquellos que habitualmente buscan una explicación socioeconómica para todo, no hay argumentos que satisfagan sus dudas; por consiguiente, este material es presentado a quienes ante la rotundidad de los argumentos y de las imágenes, pueden ver con sus propios ojos una realidad manifiesta. Para aquellos de nosotros que admiran y aman con fe a estos santos, es consolador saber que ellos no sólo están en el reino celestial, sino también que sus cuerpos, los cuales algún día serán glorificados, permanecen entre nosotros.

Vida de Fray Mamerto Esquiú



Hacia dos años que ocupaba el Obispado de Córdoba realizando una labor impresionante, digna de un auténtico santo. Su vida había entrado definitivamente en la senda marcada por su Padre espiritual, San Francisco de Asís, aunque su modestia no le permitía que lo notara.

Para solucionar algunos problemas entre los municipios y la Iglesia, tuvo que viajar desde Bell Ville a La Rioja y de regreso, cerca de la Posta del Suncho, se sintió indispuerto. Su salud, desde hace tiempo quebrantada, volvió a obligarlo a detener su marcha.

Continuará

ESPECIAL PARA CATEQUISTAS

3 ... Y CRISTIANOS DE BUENA VOLUNTAD

La Iglesia Católica recibe y venera como inspirados los veintisiete libros del **Nuevo Testamento**: Mateo, Marcos, Lucas, Juan, Hechos de los Apóstoles, Romanos, 1 y 2 Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses, 1 y 2 Tesalonicenses, 1 y 2 Timoteo, Tito, Filemón, Hebreos, Santiago, 1 y 2 Pedro, 1, 2 y 3 Juan, Judas, Apocalipsis. Los cuatro evangelios ocupan un lugar central, pues su centro es Cristo Jesús. La unidad de los dos Testamentos se deriva de la unidad del plan de Dios y de su Revelación. El Antiguo Testamento prepara el Nuevo mientras que éste da cumplimiento al Antiguo; los dos se esclarecen mutuamente; los dos son verdadera Palabra de Dios. La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo: *aquella y éste alimen-*

tan y rigen toda la vida cristiana (Salmo 119, 105; Is 50,4).
CONTINUARA

DOMINGO 13 DE OCTUBRE
1000 AVEMARÍAS
en honor de **María Rosa Mystica**
a partir de las 8:00 hs. de la mañana
¡Únase en cualquier momento del día!

A las 15:00 hs. Solemne Procesión con la Imagen Milagrosa

OBSEQUIO DE ESTAMPAS Y ROSARIOS A LOS PARTICIPANTES
Santuario de Jesús Misericordioso

Si Usted está triste, deprimido, angustiado por sus problemas, no lo dude...



... y volverá a su hogar con la paz en el corazón...

El 13 de cada mes **SOLEMNE PROCESIÓN** con la Imagen Milagrosa de "María Rosa Mystica".

Colectivos: 98 (3 y 5), 603 (1-M-6-7-4), 219 (3)

Visite el
"SANTUARIO DE JESÚS MISERICORDIOSO"

Calle 153 entre 27 y 28 - Berazategui Pcia. de Bs. As.

Horario de visitas y atención:
Todos los días de 9:00 a 11:00 y de 14:00 a 16:00hs

INFORMES:
DIRECCIÓN POSTAL:
Casilla de Correo n° 7
B1880WAA Berazategui - Argentina
WEBSITE: www.santuario.com.ar
E-MAIL: fundacion@santuario.com.ar